
PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

Debate, que algo queda
Balance del empadronamiento

Se supone que Voltaire ensalzó los efectos residuales de la calumnia. En remedo de la frase respectiva, hoy el santo y seña parece ser “debate, debate, que algo queda”. Y de ese modo la discusión política, método esencial a la democracia representativa, pero ausente en nuestro medio hasta ahora, va cobrando carta de naturalización. No es

■ 4

28-Julio 91 1500 pesos

PLAZA DOMINICAL

Viene de la 1



Sala de espera para quienes aún aguardan a que el Registro Federal de Electores cumpla ■ Foto: Francisco Mata Rosas

ácil que se arraigue, ni que sus frutos sean maduros desde el principio. Pero hemos progresado grandemente desde considerar enemigo desdenable al antagonista político hasta adversario con el cual es posible cotejar posiciones... y también intercambiar juicios, calificaciones y descalificaciones cara a cara.

Don Manuel Buendía practicaba, y me recomendó hacerlo, un saludable precepto que es también aplicable a la política, y no sólo propio de la prensa: "No escriba usted sobre una persona nada que no pueda decirle personalmente, en una conversación". De otro modo, la lengua se afloja aligerada por la irresponsabilidad que nace de la distancia, de la remota posibilidad de un encuentro. Los adjetivos que un candidato arroja en su discurso ante partidarios propios o público en general, sobre sus oponentes, son basura si ante el encuentro personal se diluyen en vacilaciones, vaguedades o, peor aún, en zalamerías. No está nada mal que haya buenas maneras políticas, cortesías que avienen a personalidades encontradas. Sólo son vitandas cuando constituyen simulación, hipocresía que como bien se sabe, es el homenaje que el vicio rinde a la virtud.

El PRI se mostró habitualmente reacio a participar en debates, alegando que la oposición lleva ventaja de origen, por su número y porque los objetos a enjuiciar son distintos en cada caso: respecto del partido gubernamental se examinan palabras y hechos, y una larga estadía en el poder, asegurada por métodos reprochables, mientras que la oposición ofrece sólo palabras. A menudo, sus propios candidatos causaban vergüenza al partido oficial y prefería por ello no exponerlos al escarnio público, porque su designación resultaba de factores ajenos a los méritos de cada aspirante, y por ello muchos eran impresentables.

Pero el tiempo impone sus exigencias. Si bien no hemos entrado en la etapa de la real competencia de partidos, el PRI no puede sustraerse a la necesidad de asemejarse a los demás, y ya no puede sin costo reclamar singularidad que lo mantenga a distancia del debate político. Todavía en 1988, cuando *La Jornada* pidió al reportero René Delgado una encuesta con los candidatos presidenciales, la serie —y el libro— resultante debió llamarse *La oposición*, porque respondieron al interrogatorio correspondiente Cuauhtémoc Cárdenas, Manuel J. Clouthier, Rosario Ibarra de Piedra, Heberto Castillo y Gumersindo Magaña, y no Carlos Salinas. Y eso que no se propuso un debate en vivo, donde los dardos cruzaran de una silla a otra.

Quizá porque, a pesar de todo, la decimocuarta asamblea priísta algún efecto anímico produjo, a raíz de su celebración el candidato a alcalde de Naucalpan, Mario Ruiz de Chávez, fue pionero —al menos en esta etapa— en la aceptación del encuentro y discusión con adversarios. El hecho revistió importancia porque se trata de una de las ciudades más pobladas del país, adosada a la capital federal y el voto opositor es allí significativo.

Ya en el actual proceso, los medios de difusión probaron su capacidad de convocatoria para persuadir a los candidatos, especialmente a los todavía reacios priístas, de comparecer junto

con sus oponentes. En Monterrey, *El Norte* reunió el 15 de mayo a Sócrates Rizzo, Rogelio Sada y Lucas de la Garza, del PRI, el PAN y el PRD, en el primer debate de aspirantes a la gubernatura. Se esbozó allí, además, un trazo realista, que irrita a los partidos pequeños pero responde a los hechos verdaderos, sobre el panorama electoral, en que sólo esos tres partidos disponen de presencia y prestancia propias.

Poco después, el 20 de mayo, tan luego como Manuel Aguilera fuera investido con la candidatura priísta al sillón senatorial capitalino, José Gutiérrez Vivó lo tuvo ante el micrófono del *Monitor* que dirige en Radio Red, junto con Abel Vicencio Tovar y Heberto Castillo. Los tres protagonizaron así el primero de muchos debates, tantos que, si los protagonistas no lo eran, terminarán siendo buenos amigos, a fuerza de comprobar la buena fe que no se cansan de alabar en los demás. No en balde Jorge Castañeda se sorprendió, al comentar uno de esos encuentros, de los esfuerzos de cada uno de los tres, que parecen tender a conseguir que el espectador vote por los otros. Así de respetuosos se comportan.

Lo fueron menos, pero eso no deslució el debate, los candidatos al gobierno de Guanajuato, que igualmente convocados por Gutiérrez Vivó, y "fuera de su gallinero", como dicen los cronistas deportivos, celebraron el miércoles 24 un encuentro largamente esperado. Durante una hora, y estimulados por el interrogatorio incisivo del conductor radiofónico, Ramón Aguirre, Vicente Fox y Porfirio Muñoz Ledo se enfrascaron en una refriega que acaso deleitó a los morbosos que quieren sangre en cada encuentro de este género, pero también satisfizo a quienes perciben la contienda política como un cotejo de visiones, un menú que los electores examinan para escoger la opción de su preferencia. La comparecencia en vivo, de especial importancia en una época que privilegia las condiciones personales por encima de la posición ideológica, permite apreciar no sólo el pensamiento, que puede no ser propio, sino la capacidad de reaccionar frente a estímulos favorables o adversos que se presentan de modo imprevisto. Porque uno de los grandes méritos, al mismo tiempo de

orden profesional, mercantil y cívico, del *Monitor*, es el ancho margen de libertad que se ha construido y que se trasmite a quienes son invitados ante sus micrófonos. Eso permite que la conversación fluya sin cortapisas, sin examen previo a su escucha por el público, sin ediciones que eventualmente pueden falsear lo dicho.

Puesto que no se trata de un evento deportivo, al cabo del cual se instala un podio al que ascienden los ocupantes del primero, segundo y tercer lugares, no es posible determinar triunfadores y derrotados en este debate. Cada uno dio y recibió: Aguirre tuvo el mérito de la valentía, pues era adivinable el trago amargo que le harían pasar sus interlocutores, sobre todo el perredista, como en efecto ocurrió; pero es el menos dotado de los tres para la exposición verbal. Fox se situó por encima de la discusión en corto, aunque no de tono menor, en que los otros dos entraron. Y esa misma virtud se convirtió en defecto, pues apareció menos arraigado en los hechos reales de la vida. Muñoz Ledo, en fin, impuso al debate su sello y su velocidad, y por lo mismo enseñó sus dificultades para oír, directamente proporcionales a su facilidad para decir.

En la víspera de este encuentro guanajuatense en San Jerónimo se había iniciado otra modalidad de debate político. Los tres partidos mayores, insólitamente reunidos, convocaron a un ciclo de seis sesiones, en que candidatos a diputados (plurinominales, de preferencia) expondrán sus puntos de vista, y los de los partidos que los apoyan, sobre otros tantos temas cruciales. Tuve el honor de ser llamado a moderar la primera de esas mesas redondas, efectuada el martes 23, en que participaron Federico Berrueto (nieta del ilustre maestro coahuilense del mismo nombre, que llegó a ser subsecretario de Educación), número 14 en la lista del PRI para la segunda circunscripción y secretario de acción electoral de UNE (sigla que los graciosos dicen que significa Unión Nacional de Excenopistas); Francisco José Paoli, que sin ser panista es el número tres en la lista del PAN en la primera circunscripción; y Ricardo Valero, que encabeza la lista del PRD en la misma circunscripción, es al mismo tiempo candidato uninominal en el distrito 18

del DF y es secretario de relaciones internacionales de su partido. La segunda jornada se realizó el jueves 25, en Guadalajara, y el ciclo concluirá el 8 de agosto en la ciudad de México luego de efectuar sesiones en Hermosillo, Aguascalientes y Querétaro.

Hay, sin embargo, dos foros institucionales donde de manera permanente los partidos han entrado en este diálogo cuyo florecimiento saludamos. Se trata de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión y el consejo general del Instituto Federal Electoral, que sesionaron el miércoles 24. En ambos se desechó de nuevo la moción perredista (apoyada en el IFE por el Partido Demócrata Mexicano) de aplazar las elecciones, decisión necesaria según ese partido por la abreviación de los tiempos previos a la jornada, y para asegurar a todos los votantes la posesión de sus credenciales. En edificio nuevo —circunstancia relevante porque es señal de la corta vida de las instituciones y procedimientos electorales, que debe considerarse en todo examen de la situación respectiva— los consejeros y representantes del IFE dieron por concluido el proceso de empadronamiento, cuya fase final, la de entrega de credenciales, adquirió carácter crítico. No ha terminado del todo, pues una comisión ad hoc practica un muestreo para corroborar, entre otros hechos, que no hubo selectividad en el reparto de las identificaciones para favorecer al PRI y entorpecer a la oposición.

El asunto es complejo y rechaza por lo tanto las simplificaciones. Tan pronto el director del IFE, Emilio Chuayffet, informaba que en 65 distritos cuyos diputados son opositoristas, la tasa de entrega fue superior a la media, y sonaba persuasivo contra la acusación de selectividad, como Jesús Ortega, representante del PRD, en su propio análisis encontraba que los distritos rurales donde el PRI cosecha tradicionalmente sus mayores porcentajes, extrañamente cercanos al ciento por ciento, se produjo también ahora un altísimo registro y una igualmente copiosa recepción de credenciales. Y es que ambas cosas son ciertas, o pueden serlo. Eso no obstante, si ha de llegarse a conclusiones unívocas, debe asegurarse que el padrón de 1991 es mucho mejor que cualquiera otro previo... a menos que el análisis de la comisión especial probara, lo que es muy remoto, que los tres millones de credenciales no repartidas corresponden a ciudadanos a los que se privó del derecho a votar porque están localizados en lugares que hacen presumir su preferencia por la oposición. No puede pasarse por alto la indicación de que personas tan conspicuas como doña Rosario Ibarra de Piedra no obtuviera su credencial ni siquiera el último día de la segunda y definitiva prórroga del plazo respectivo.

Es de aplaudirse, en cambio, que en el cortísimo plazo de siete meses, y con la participación y vigilancia de hasta diez partidos, se haya levantado el catálogo de electores, lo que implicó visitar 16.5 millones de viviendas, se hayan recibido 39.5 millones de solicitudes y entregado 36.4 millones de identificaciones. Como hazaña de organización, es inmejorable. Esperemos que lo sea también como instrumento de claridad política.